

# EL SECRETO DE LA LEONA







En el corazón de la exuberante tierra de Cajamarca, Tolima, donde el verde de la selva se entrelaza con el azul del cielo y las nubes parecen danzar al ritmo de los vientos, había un pequeño pueblo donde los sueños y las leyendas se tejían en un manto de maravillas.





Allí vivía Lucía, una niña de ojos grandes y curiosos, que tenía una fascinación especial por los misterios que escondía el pasado.

Su abuelita, Doña Rosa,  
era la tejedora de cuentos  
que narraba las historias de los antiguos  
habitantes de la región  
con una sabiduría que parecía brotar  
del propio suelo.





Un día, mientras Lucía paseaba cerca de la nueva escuela en construcción llamada La Leona, vio algo extraño. Los obreros estaban estupefactos ante un hallazgo que parecía desafiar el tiempo mismo. No eran monedas de oro ni joyas brillantes, sino vestigios de una civilización perdida de hace más de 1500 años, ocultos en el vientre de la tierra.

— ¡Miren esto! — exclamó uno de los arqueólogos. — ¡Es increíble! Lucía, impulsada por una curiosidad insaciable, se acercó con el sigilo de una sombra y observó al grupo de arqueólogos.

Examinaron cuidadosamente una serie de tumbas enterradas bajo la protección de grandes lajas de piedra.





Dentro, encontraron cerámicas decoradas, huesos humanos, y una multitud de dientes, cada uno con su propio secreto que contar.

— ¡Miren esa caracola! —  
dijo el Doctor Sánchez, el arqueólogo  
principal, con voz reverente.  
— Es una Marisa Cornuarietis,  
utilizada en ceremonias sagradas.





El descubrimiento,  
tan asombroso como el canto de un ave  
nocturna, llevó a la comunidad  
a organizar una celebración grandiosa.

Pero Lucía, con su espíritu  
indomable, deseaba saber más  
y una noche, mientras el pueblo  
dormía bajo el manto estrellado,  
se deslizó en la construcción  
de la escuela y se sumergió  
en el misterio.

De repente, en la zona de las tumbas encontradas, una magia antigua se desató. La luna llena bañó la sala con una luz plateada y los objetos antiguos comenzaron a brillar con un resplandor misterioso.

Lucía, con los ojos abiertos de asombro, vio cómo los fragmentos de cerámica flotaban en el aire, formando imágenes que narraban historias de tiempos remotos.





— ¿Quién está ahí? — preguntó una figura mística que emergió de las sombras, con una presencia majestuosa y serena.

— Soy Lucía — respondió la niña, temblando de emoción.

— ¿Qué está pasando?

— Soy el espíritu Colibrí Gorriazul, el gran líder de estos ancestros — dijo la figura con voz que parecía venir del mismo corazón de la tierra.

— He venido a revelarte la verdad sobre nuestro pasado y la armonía que manteníamos con la tierra.

— La Arracacha es la joya  
de nuestro trabajo  
— explicó Colibrí Gorriazul —.  
Es la raíz dorada que nutre la tierra  
y nos da sustento.

En nuestros rituales,  
ofrendábamos la Arracacha  
para acompañar el viaje de aquellos  
que dejaban este mundo y a cambio  
se nos concedían cosechas abundantes  
y prosperidad de nuestro pueblo.





Es un símbolo de fortaleza  
y la vitalidad de nuestra conexión  
con la tierra.

De repente, mientras el  
Colibrí Gorriazul hablaba, Lucía sintió un  
leve temblor bajo sus pies.  
Del suelo emergió un armadillo,  
su caparazón relucía con tonos dorados  
y plateados. A su alrededor,  
aves exóticas con plumajes  
brillantes revoloteaban, llenando  
el aire con sus cantos melódicos.

— Bienvenida, Lucía —  
dijo el armadillo con una voz profunda  
y resonante — . Soy Oyayma,  
el guardián de los secretos  
de esta tierra. Estas aves son  
mis compañeras en la protección  
de la sabiduría antigua.

Las aves, de nombres tan maravillosos  
como su aspecto — Barranquero  
Coronado, Colibrí Gorriazul  
y Loro Orejiamarillo — , se acercaron  
a Lucía, cantando una melodía que  
parecía contar historias  
de tiempos pasados.





—Hemos estado esperando por ti —dijo el Colibrí Gorriazul, con ojos que reflejaban la luz de las estrellas —. Hay mucho que debes saber y ver. Las aves comenzaron a volar en círculos alrededor de Lucía, levantándola suavemente del suelo. Volaron hacia las tumbas encontradas, donde los objetos antiguos brillaban con un fulgor aún más intenso bajo la luz de la luna. Oyayma, el armadillo, se transformó en un ser aún más impresionante: una figura de luz y tierra, un espíritu ancestral que había adoptado la forma de un animal para proteger su legado.

— Debes entender, Lucía —  
dijo Oyayma — , que la Arracacha no es  
solo un alimento, es el corazón de nuestra  
cultura, el vínculo que nos une a la tierra.  
— ¿Por qué es tan importante todo esto?  
— preguntó Lucía.

—Porque cada ritual y cada  
ofrenda eran una forma de agradecer  
a la naturaleza por todo lo que nos daba  
—dijo Colibrí Gorriazul. — Los dientes  
encontrados eran símbolos de la  
fortaleza y la sabiduría de nuestros  
ancestros, y las caracolas invocaban la  
protección de los dioses.

La Arracacha, en particular, era la raíz  
de nuestra supervivencia y el sustento  
de la tierra.





El espíritu le pidió a Lucía que compartiera lo aprendido, para que el vínculo entre el pasado y el presente nunca se perdiera.

— Nunca olvides

— dijo Colibrí Gorriazul—, la naturaleza nos da vida y debemos cuidarla y respetarla.

Al amanecer, los objetos regresaron a su estado normal, y la magia de la noche se desvaneció con el sol naciente.

Lucía, emocionada y con la responsabilidad de la revelación otorgada, corrió a su casa a contarle a su abuela Rosa y su familia lo sucedido y enseguida reuniendo al pueblo compartió un mensaje.

— ¡Escuchen! — les dijo Lucía.  
— Los antiguos habitantes de Cajamarca vivían en perfecta armonía con la tierra. Usaban los productos que cultivaban no solo para nutrirse, sino también para agradecer y honrar la vida de quienes dejaban este mundo. La Arracacha era un símbolo de prosperidad y fuerza, esencial para el bienestar.





**La comunidad unida hizo el compromiso de convertir la escuela en un lugar sagrado para aprender sobre la historia y la cultura de los antiguos habitantes de Cajamarca.**

**Y finalmente, Lucía, con su amor por los misterios del pasado y siguiendo el ejemplo de su abuelita Rosa, se convirtió en la guía de su comunidad, asegurando que las historias y lecciones de sus ancestros nunca se quedarán en el pasado.**



### Moraleja:

La verdadera riqueza no siempre se encuentra en tesoros materiales, sino en las historias y lecciones que el pasado nos deja.

Recordar y valorar nuestras raíces, así como cuidar de los recursos naturales que nos sustentan, es esencial para construir un futuro que respete y celebre nuestra historia.

# ¡Hasta la próxima!



Conoce la historia  
escaneando este QR



